

I. Introducción metodológica

El dato histórico primitivo, acción, palabra, figura, concepto, toda expresión humana en general, es un elemento individual. La investigación histórica, cualquiera que sea el campo de manifestaciones humanas al que se remita, tiende a suprimir la individualidad de estos datos mediante conceptualizaciones obtenidas gracias a procesos empíricos de abstracción o a la aplicación de esquemas racionales. El tiempo suministra la guía para tales generalizaciones y ordena los datos consiguientes. De este modo, el conocimiento histórico se reduce a una concatenación mecánica o finalista que se aplica a las expresiones humanas desde el exterior, tratándolas como términos conocidos. En realidad, un dato histórico, que es un dato lejano en el tiempo, nos es incomprensible a primera vista, y sucede lo mismo, en menor medida, con una expresión muy alejada en el espacio. De lo que se trata entonces es de reducir los datos históricos a los términos claros de expresiones explícitas a nuestro alcance. Éste es el cometido específico de la filología, salvar la individualidad del dato, aislándolo en aquellas determinaciones que siguen siendo perceptibles. De este modo, la expresión humana se convierte en material directo para la filosofía, y constituye así una parte relevante de aquel objeto universal del que el filósofo debe extraer su visión del mundo. Sin embargo, el filólogo no cumple con su papel, porque, como el historiador, ve en el dato mismo algo enteramente acabado, que en su caso no ordena en el tiempo sino que analiza conceptualmente esclareciendo sus elementos, pero sin acercarse a una comprensión individual. Es algo natural, por otra parte, ya que la heterogeneidad que separa una expresión familiar de una expresión histórica no puede ser superada analíticamente, tan sólo puede encontrar resolución a través de un término común que imponga una conexión más allá de la aparente extrañeza. El interés que sentimos por una expresión humana

del pasado no se puede explicar por el puro impulso llamado científico –entonces, la heterogeneidad en cuestión quedaría unificada simplemente por la universalidad del conocimiento, y, por tanto, de las facultades expresivas del hombre en su aspecto formal– en la medida en que el tal interés no puede llamarse indiferenciado ni cuantitativa ni cualitativamente. El dato histórico es expresión de una interioridad humana: sólo éste puede ser el elemento común buscado. Cuando una persona con la que compartimos una amistad de muchos años dice cierta palabra en determinadas circunstancias, sabemos cuál es su interioridad. Tan sólo una expresión de esta clase es útil al filósofo; para que pueda extender la experiencia limitadísima y fundamentalmente uniforme que le presenta su ambiente inmediato, necesita transformar los datos históricos en expresiones de ese tipo.

Tenemos de este modo una perspectiva metodológica concreta para estudiar el pasado en la que lo decisivo es ante todo la afinidad interior suscitada por una expresión lejana. Este primitivo momento interior, aunque tenga ya determinaciones, como una intensidad, un cierto colorido, una cualidad vital, debe ser, sin embargo, verificado y aclarado mediante el análisis del dato singular (*filología*) y de sus vínculos con el resto de datos que constituyen su ambiente (*historia*). Filología e historia ya no son entonces unos complejos formales de relaciones que buscan en vano en sí mismas un contenido sobre el que apoyarse, sino los instrumentos indispensables para la aludida reducción de los datos históricos a expresiones en las que la interioridad primitiva aparezca evidente. De este modo se conserva la inconfundible individualidad originaria de la expresión humana, la única que está viva. Alcanzar esa meta es muy difícil, captarla por completo casi puede decirse que es imposible, debido a que lo concreto se atenúa progresivamente según se aleja la expresión. El filósofo debe entonces escoger entre una multitud de expresiones próximas que normalmente no le despiertan ningún interés y le presentan por tanto una escasa posibilidad de comprensión esencial, y aquellas expresiones históricas hacia las que es movido por una gran afinidad y que le brindan apoyos fundamentales, aunque nunca del todo asibles. El cumplimiento de estas investigaciones es muy duro, exige a quien las emprende, además de la actitud más propiamente filosófica de captar una intimidad escondida dentro de una apariencia expresiva, un trabajo científico de inducción y de análisis que, dado su planteamiento heterogéneo, tan sólo puede servirse de modo limitado de los resultados de los historiadores y de los filólogos en sentido estricto.

Cuanto hemos expuesto introduce ya algunos postulados filosóficos, que es posible considerar la realidad en términos de interioridad y de expresión, que los datos históricos en general revelan las raíces absolutas de las cosas, y finalmente que, en esta coexistencia de elementos esenciales, la comprensión filosófica se funda sobre la explicación de ciertas afinidades cualitativas particularmente importantes para interpretar el conjunto de lo real. Aunque se intente afrontar el problema de la historia y de la cultura sin presupuestos conceptuales, no se puede evitar imponerles una visión total de la realidad, que el pasado ni justifica ni confirma, y que constituye tan sólo una parte, y ni siquiera se sabe de qué entidad, de la realidad misma. Nadie escapa a este planteamiento filosófico de la historia, ni siquiera el más científico de los historiadores. Entonces, el valor absoluto de cada estudio sobre el pasado está condicionado por la bondad de la concepción filosófica que lo sostiene y que es la única que puede encarar y juzgar la totalidad de los datos sensibles. En sentido estricto, esta totalidad de los datos también se le escapa a la filosofía; pero las cualidades de los datos caen bajo el dominio de la filosofía, y es ella la que puede dar la visión completa del mundo, si no concretamente, cuando menos según una interpretación universal abstracta. Por el contrario, la historia no tiene este derecho a la abstracción, y por más infinitas que sean las perspectivas posibles en su campo, tantas como las expresiones humanas concretas que se estudian, por necesidad debe limitarse a un estrechísimo campo del pasado, y las diversas posiciones filosóficas de cada historiador se reflejarán casi inadvertidamente en la elección del campo de investigación y en la acentuación de determinados datos, algo que ningún hábito científico de objetividad puede eliminar, sin contar los nexos conceptuales que se impondrán luego a la realidad, variables según la personalidad de cada uno. Tal multiplicidad vertiginosa de visiones históricas, por lo cual mundos enteros de conceptos están contruidos sobre el apoyo de pocas y magras expresiones, se multiplica a su vez y se vuelve ambigua por obra de la incertidumbre de la investigación filológica misma, que intenta en vano dominar científicamente un material fluctuante, opinable, un campo donde la evanescencia de las cosas muertas le quita su vigor a cualquier demostración. También la perspectiva metodológica anteriormente expuesta sufre fatalmente de esta fragmentariedad congénita, y no puede en ningún caso aspirar a otra cosa sino a penetrar en una zona muy restringida de lo real, recorriendo la estructura esencial de las cosas sola-

mente en una determinada dirección y con un campo visual limitado. Posee, sin embargo, el sostén fundamental de la consideración interior, y, en segundo lugar, asume explícitamente y con plena conciencia su cometido filosófico, tratando de captar valores esenciales, establecer nexos entre las cualidades más significativas de lo real e indicar mediante una vía concreta una interpretación culminante que transmita su vitalidad al conjunto.

II. La época suprema

En otras palabras, nuestro planteamiento tiende a fundar en la investigación histórica una vida filosófica que luego deberá liberarse de su sostén y justificar su validez por sus propios medios. El valor histórico supremo que perseguimos, y que la presente obra tiene precisamente por finalidad demostrar como tal, es la vida de la Grecia antigua tal como se expresa en las palabras de sus primeros filósofos. Esporádicamente afloran en la historia humana fragmentos de lo que fue la vida de alguno de estos griegos antiguos, y a ello nos referiremos también, aunque no estemos en condiciones de profundizar en este tipo de investigaciones¹. El carácter paradójico de nuestra afirmación viene a atenuarse en cierto modo cuando se consideran las cuestiones bajo el aspecto que hemos llamado más precisamente histórico. De hecho, por más excepcional que pueda ser la personalidad de estos presocráticos, su unicidad se debe en buena medida al

¹ Las antiguas *Upaniṣad* nos brindan el más notable de estos ejemplos, y de entrada el hecho de que sean casi contemporáneas del origen de la filosofía griega ya es sorprendente (cf. M. Müller, *The Upanishads Translated*, en «Sacred Books of the East», I, Oxford 1879, intr. xvii). Dado que cualquier tipo de influencia es impensable, es bastante interesante señalar, en tanto sugiere casi una fatal concatenación histórica de las posiciones más altas de pensamiento, ligadas a momentos precisos de civilización, el paralelismo entre el paso de la fuerza vital afirmativa de las *Upaniṣad* al ascetismo pesimista del budismo y la evolución de la filosofía griega, que vamos a caracterizar a continuación, desde la época presocrática hasta Platón (cf. P. Deussen, *Allgemeine Geschichte der Philosophie*, Leipzig 1894, I 2, 62-65, 229, 307). El carácter negativo atribuido comúnmente a la filosofía hindú dista de ser evidente; basta pensar en el problema de una positividad que puede encontrarse incluso en el mismo Nirvana (cf. H. Oldenberg, *Buddha*, Berlín 1890², 290-307; Deussen, *op. cit.*, I 3, 134).